



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

NUESTROS MÚSICOS
JESÚS MONASTERIO



Est. de Arriba, Baños Viejos, 10 y Carbones, 1. Madrid

Quando las notas que arranca
cruzan la atmósfera azul,
dicen los ángeles:—¡Chito!
¡que está tocando Jesús!

SUMARIO

FANTO De todo un poco, por Luis Taboada.—Á Fulano, que tiene calle, por José Estremera.—Moralicemos, por Sinesio Delgado.—Consulta, por Alvaro Ortiz.—Las VIRGENES LOCAS: conclusión del capítulo V, por Flögel.—Canta particular, por Juan Pérez Zúñiga.—El grande enigma, por J. M. Gutiérrez de Alba.—Los amigos de Benito, por Fincero Yrázoz.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Jesús Monasterio.—Paris-Pchut.—Vendedores ambulantes, por Cilla.



Decididamente, el mundo se acaba dentro de cinco días.

Lo ha dicho un profeta de la Plaza de la Cebada que recibe noticias del cielo y se carta con el E-spiritu Santo. Además de la autorizada opinión de este profeta, tan sobrenatural como modesto, pues se dedica al ramo de la mondonguería cuando le dejan libre sus ocupaciones celestiales, lo atestiguan cien mil personas que acuden á las Vistillas todas las noches.

Por muy incrédulo que uno sea, no puede menos de reconocer que algo extraordinario ocurre en las regiones etéreas. Basta acudir á las Vistillas ó á las Peñuelas y fijar los ojos en las nubes, para ver á San Pedro montado en un amigo que recorre el espacio repartiendo prospectos entre los ángeles y los serafines.

—No le quepa á V. duda—nos decía una señora.—Yo he visto la otra noche a Santa Genoveva que iba en un carro, tirado por dos mulas aladas. Apoyado en una nube estaba San Juan Bautista de conversación con otro Santo, que no he podido conocer porque se le había bajado la corona hasta los ojos.

Hay quien se ríe de estas cosas, pero es necesario confesar que los profetas van acertando en sus predicciones. De nada sirve que los hombres de ciencia combatan los llamados errores populares. Todos los días tenemos noticias de hechos maravillosos.

Un amigo mío viudo, que suele ir á pescar á la Casa de Campo, asegura que se le ha aparecido la Virgen, disfrazada de jardinera, y le ha dado recuerdos de su mujer, diciéndole que estaba en el cielo, muy bien colocada.

Mi amigo esta constantemente en relaciones con las personas sagradas. Él ha sido educado por una tía, que se murió de una indigestión de lomo, y casi todas las semanas se le presenta algún mensajero celeste en la alcoba antes de quedarse dormido.

—¿Cómo sigue la tía?—le pregunta.

—Buena, gracias—contesta el mensajero.

—¿Ha salido ya del purgatorio?

—Todavía no. Había cumplido la condena el mes pasado, pero tuvo una cuestión con otra alma en pena, y le echaron dos meses mas de llamas.

A mí no se me ha aparecido nadie todavía, como no sea el casero y el que cobra la contribución de la sal, pero hay muchas personas que ven visiones á cada paso y están, como quien dice, con un ojo aquí y otro en el mundo de la verdad.

A esta clase pertenece un vecino que tuvo el año pasado en la calle de la Visitación. Se le había muerto un amigo después de prestarle cuatro pesetas, y muerto y todo venía por las noches á despertar al acreedor.

—Pepe—le decía.

—¿Qué?

—A ver si me pagas las cuatro pesetas.

Para que se vea lo que son los ingleses, cuando salen finos.

Los lances personales han sido abundantísimos en la semana. Hay algo en la atmósfera que nos enciende la

sangre, y ni aun las personas de carácter pacífico pueden sustraerse á esta peligrosa influencia.

D. Emeterio tiene un callo, conocido de todos sus compañeros de oficina, pues á él le brotó el mismo año de la revolución, y desde entonces acá no ha podido someterlo á la obediencia.

Todos los funcionarios que han pasado por aquella oficina han tenido necesidad de pisar el callo de D. Emeterio, porque como es el empleado que más bulle, siempre esta uno tropezando con aquellos pies, que parecen dos cartapacios.

—Dispense V.—le decían los compañeros, cada vez que le aplastaban la protuberancia.

—Eso no vale nada—contestaba él sonriendo.

Pero el otro día, un escribiente dejó caer una salvadera encima del pie de D. Emeterio, y éste, montando en cólera, cogió al chico por el cuello de la americana y lo tiró contra una taquilla.

Al día siguiente se celebró un lance en la Fuente de la Teja, entre D. Emeterio y el amanuense, resultando aquél con un ojo deteriorado. Más que ojo, parecía un huevo cocido.

—¿Le ha herido á V. con la punta del sable?—le preguntábamos después.

—No, señor; batir, no nos hemos batido, porque él me dió explicaciones sobre el terreno y reconoció que los callos cuando se pisan duelen mucho. Esto del ojo es cosa de mi mujer.

—¿Cómo?

—En cuanto supo que había ido á batirme se puso furiosa, porque dijo que muy bien pudieran haberme estropeado el traje; y como tiene aquel genio tan atroz, ¡pum! me tiró al ojo el tarro de la bandolina.

El Liberal ha publicado la oda de un presbítero dedicada al diestro Mazzantini.

Entre otras bellezas de forma, encontramos las siguientes:

«De esbelto talle, guapo, bien formado,
de semblante expresivo, ¡cuál sus ojos
revelan un espíritu enjandrado
para saciar valientes sus arrojios!
Las alas abandona
para ceñir del diestro la corona.»

Como se ve, el clérigo, sin descuidar las cosas del culto, tañe la citara torera con éxito extraordinario.

Si los demás presbíteros imitaran este ejemplo, otra sería la suerte de este país y quizás no se acabase el mundo el día 24.

Porque estas odas bastan para prevenir cualquier cataclismo.

Yo creo que si se forrase uno el cuerpo con una oda de éstas, podría meterse entre las llamas sin ningún cuidado.

Con este calor no hay quien tenga la fuerza necesaria para escribir crónicas, ni para discurrir, ni para mojar la pluma.

En este momento llega el cajista en busca del original de todas las semanas, y yo permanezco inactivo, con los ojos medio cerrados, la cabeza apoyada en la pared y las piernas en cruz.

—Dice el regente que es tarde—murmura el joven tipógrafo.

—Bueno, pues allá voy—digo yo cogiendo la pluma. Y me pongo á pensar en cosas alegres, á ver si puedo dar fin á la presente crónica; pero ¡en vano! La imagen del presbítero se graba en mi memoria y me parece verle rascándose el solideo, en busca de un consonante que exprese todo el fervor cristiano y taurómaco de su alma.

Con estas imágenes no es posible salir del paso. Cojo, pues, las cuartillas, las doblo, se las doy al cajista y sigo pensando en mi clérigo.

De pronto acude á mi mente un pensamiento salvador. Salgo á la escalera y llamo al cajista.

—¡Chico! ¡Subel... Dame esas cuartillas.

—¿Va V. á poner más cosas?
 —Sí; voy á darle un bombo al Ministro de Fomento.
 —¿Se ha metido V. á diputado?
 —No, hombre; no estoy tan aburrido... Es que el señor Montero Ríos ha publicado un decreto favorable á los autores dramáticos. ¡Ya ves si merece elogios un hombre así!
 —¿Les da alguna cruz?
 —Mejor que eso; les garantiza los garbanzos.
El chico.—¡Pues, viva el Ministro de Fomento!
Yo.—Gracias á Dios que tengo ocasión de alabar á un hombre político.

El chico recoge las cuartillas y baja las escaleras precipitadamente...

Porque el chico, como todos los españoles, tiene su dramita preparado.

LUIS TABOADA.

Á FULANO, QUE TIENE CALLE

Con tantas innovaciones,
 nuestra coronada villa
 va á ser una maravilla
 de embrollos y confusiones.

Con los nombres que se dan
 á las calles, se diría
 que en Madrid se pretendía
 que se ignore dónde están.

Tienen calle don Martín,
 don Pedro y don Evaristo
 y don Felipe y don Sixto,
 y quizá don Perlimplín.

Guazarán tales honores
 con justicia; mas lo grave
 es que en Madrid nadie sabe
 quiénes son esos señores.

Mas veo que ya es en vano
 que mi cólera hoy estalle
 pues que tú ya tienes calle,
 mi querido don Fulano,

Eres hombre de carrera,
 tienes una plaza ya
 que con mil reales te da
 sabe Dios de qué manera;
 no te podía faltar
 calle, y al fin te la han dado
 tienes ing. no probado,
 sabes hacerle lugar.

Por tu mérito civil
 los tuyos te concedieron

el mismo honor que tuvieron
 una *sortija* y un *caudil*.

Mas tu ambición no se acalle
 por un honor tan barato,
 pues ya no hay *Perro* ni *Gato*
 que no tenga aquí su calle.

Esa calle, yo discurro,
 que hará eterna tu fama,
 si de nombre no vaña
 como varió la del *Burro*.

Mas quedará, sin embargo,
 pues dos calles á la vez
 tienes, esa y la del *Pez*,
 porque tú lo eres muy largo.

Esa calle en que tú ufano
 lees DE FULANO DE TAL,
 estaría menos mal
 si fuera de un *FAL FULANO*.

Cierto amigo mío, un hombre
 ameno y algo burlesco,
 que tiene su habitación
 en la calle de tu nombre,
 para atestiguar tu fama,
 dice con chiste oportuno:

—Vivo en la calle de uno
 que no sé cómo se llama.

Pero tú no pases pena
 por tal ó cual deslenguado
 y vive siempre *callado*
 y que sea *embrolado*.

JOSÉ ESTRIZERA.

MORALICEMOS

Hablando en Fornos ayer
 de la corrupción moral
 que ha empezado á padecer
 la generación actual,

disertamos largamente
 lamentándonos á coro
 tres amigos (buena gente,
 con tres corazones de oro),
 y convinimos los tres
 en que, por compensación,
 forzosamente después
 vendría la reacción,

y esta turba descreída
 que tantos daños ha hecho,
 se pasaría la vida
 dándose golpes de pecho.

Gil dijo:—¡Pues sí, señor;
 con esta inmundicia
 me saben mucha mejor
 las obras de caridad!

Como Gil no tiene nada
 de moral, ni lo ha de ser,
 solíamos la carcajada
 sin poderlos contener.

—¡Hombre! ¿Tú caritativo?
 ¡Es mentiroso!

—Como un templo!
 —No os ridáis; os lo prohibo.
 —Venga un ejemplo.

—¡Un ejemplo!
 —Bueno, pues es el asunto
 que yo sé de un matrimonio

que mientras estuvo junto
 vivía dado al demonio,
 tanto, que se procuró
 poner un remedio al mal
 y, á los dos meses, tiró
 por su lado cada cual.

En fin, la cuestión eterna,
 porque desgraciadamente
 en la sociedad moderna
 es el caso muy frecuente.

Ya lo veis: dos desgraciados
 en la edad de los amores
 dispuestos y preparados
 á toda clase de horrores.

Yo, que vi la situación
 como otros muchos la ven
 y sentí en el corazón
 deseo de hacer el bien,

aunque el mérito es pequeño
 me paré á meditar
 lo tomé con tal empeño,
 que no os podéis figurar

lo mucho que he trabajado
 para unir á esos dos seres
 que se habían separado
 por cuestión de caracteres

—¿Y lo has conseguido? —¡Bah!
 esta mañana á las diez
 se dieron la mano, y ya
 viven juntos otra vez
 y desde hoy y mismo recobra
 sus derechos *Himeneo*...

¡Vamos! (No es esta una obra
 meritoria?)

—¡Ya lo creo!
 ¡Y de ti no la esperaba!
 Pero ¿por dónde demonio
 has salido tú que estaba
 separado el matrimonio?

—¡Toma! como que he vivido,
 como quien dice, hasta ayer
 con...

—Vamos, con el marido
 —No, hombre, no; con la mujer.
 SINESIO DELGADO.

CONSULTA

Es madre doña Paz de tres muchachas
 que al matrimonio encauzan sus ideas;
 pero todas las tres tienen sus tacha,
 ó, más claro y mejor, las tres son feas.

Doña Paz vino ayer á molestarme
 cuando yo no aguardaba su visita,
 y al momento empezó por preguntarme
 cuál era de las tres la más bonita.

—«Señora» respondí,—de mí no espere
 que en este punto á la lijorja acuda,
 y á usted, que conocer mi voto quiere,
 voy á decirle la verdad desnuda.

Yo, que á la adulación no soy propenso
 ni ayer lo fui ni lo seré otro día,
 expondré sin ambages lo que pienso
 de Andrea, de Pilar y de María.

Andrea, la mayor se llama distante
 de ser objeto del elogio mío,
 pues tiene una nariz muy semejante
 al botafón de proa de un navío.

La mediana, Pilar, que se retoca
 la faz y se convierte en un Proteo,
 tiene la piel oscura y una boca
 que parece el burón de algún correo.

María, la menor, aunque del todo
 no es bella y tiene pretensiones vanas,
 es juzgada por mí de cualquier modo
 preferible á las otras dos hermanas.

—«¡Ah! —dijo doña Paz.—¿Con que es María
 la más hermosa entre Pilar y Andrea?»

Y yo le respondí:—«Señora mía,
 la más hermosa no; la menos fea»

ALVARO ORTIZ.

LAS VIRGENES LOCAS (1)

CAPÍTULO V (CONCLUSIÓN)

Octavio había aceptado el trato, había comprometido su palabra y había gastado el precio de su obra en pagar á sus acreedores y en comprarse un traje de verano... ¡Y ahora iba á presentarse al generoso editor con aquella serie de capítulos que nada tenían que ver unos con otros y que eran como un callejón sin salida...

Vivía el editor Durante en una de las calles próximas á las Vistillas. Su casa, de aspecto vulgar en la fachada, era por dentro un verdadero palacio, ofreciendo esas agradables sorpresas que son frecuentes en las casas de Córdoba y de otros pueblos de Andalucía. El mayor regalo de tal vivienda era un espacioso jardín, con humos de parque, que nadie sospecharía que existiera en aquel barrio.

D. Salustio recibió á Octavio en su despacho que parecía un templo consagrado al Silencio. Ningún ruido de la calle osaba llegar al recóndito asilo de las meditaciones y tristezas de Durante, que, como su casa, era muy otro del que aparentaba ser. La alfombra estaba oculta bajo multitud de pieles de osos, tigres y otras fieras. Era el único lujo de aquella estancia. Las paredes no tenían más adorno que libros que las tapaban por completo, como las pieles la alfombra.

D. Salustio escribía cuando entró Octavio pisando quedo, como si sus pasos hubiesen podido sonar sobre tinta blanda.

Sonrió el editor con dulce tristeza, y diciéndole con un gesto que se sentara en una butaca, cerca de la mesa, preguntó á Octavio:

—¿Qué hay, Orteguita; me trae V. eso?

Octavio se puso colorado; en vez de contestar, por lo pronto, sacó del bolsillo interior de su gabán de verano el rullo de papeles que era su vergüenza, y al fin pudo balbucear:

—Sí... y no; traigo... esto... pero ya verá V. lo que pasa... Usted es muy bueno, D. Salustio...

—¡Oh, qué amermón!

—Y muy inteligente... A mí me da vergüenza enseñar á usted esto... No está concluido, no, y más vale. Es una atrocidad...

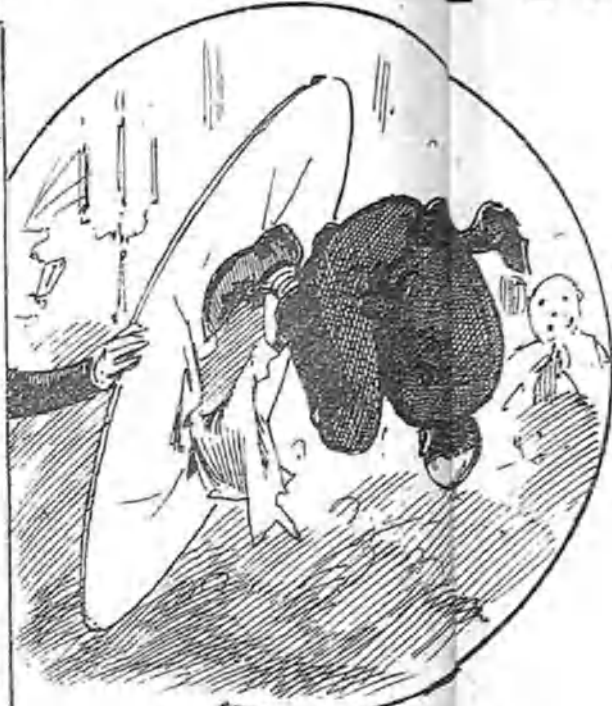
(1) Véase el número anterior.

PARIS- PCHUT



Quando llegue el otoño, según dicen, la ingeniosa nobleza parisién va á sorprender al mundo en ese traje, que le estará muy bien.

Como en España somos hace rato monos de imitación, algunos elegantes madrileños se han encargado piernas de algodón.



Mon sieur el Duque è Tal, de abolengo asaz prezoso, que da al pasar por el ro el doble salto mortal.



No hay un guapo en toda Francia que lleve mejor la ropa ¡Como que siempre en la tropa es donde está la elegancia!



¡Olé la gracia y la salt! Tipos que han llegado é ser la crema del arrabal. (Apuntes del natural tomados antes de ayer.)

—Vaya, vaya, modestia de principiante. Traiga V. acá...

—Ya verá V. como no sirve... Me he perdido... Me he metido en unos laberintos...

Octavio, entre vacilaciones y temblores, entregó el cuerpo del delito.

Mientras D. Salustio leía con atención los capítulos que nuestros lectores ya conocen, pues son los que preceden al presente, el pobre Octavio contemplaba a su juez, procurando sacar una esperanza de indulgencia de aquel rostro risueño siempre, siempre triste al sonreír, siempre dulce al mirar.

Cincuenta años ó algunos más tendría D. Salustio; era pequeño, delgado, pálido, nervioso; parecía un cómico retirado; la frente ancha y noble, se contraía amenudo llena de arrugas inquietas y complicadas.

Cuando miraba de frente con sus ojos grandes de un azul oscuro que les daba dulce profundidad, D. Salustio revelaba al observador un alma apasionada y fuerte; aquella mirada inspiraba confianza desde el primer momento, y en acostumbrándose a ella, se convertía en una caricia ideal. Hay ojos que son como esos pocos cuadros de algunos grandes pintores, que parecen ventanas abiertas sobre la Idea; de esos eran los de Durante.

Leía con atención profunda. Ningún gesto revelaba sus impresiones. Octavio, sin perder del todo sus temores, se tranquilizaba por momentos. Aquel silencio pasivo, aquella paz del lector amable, le confortaban. Un gato grande, de cola espumosa blanca, entró en el despacho sin que supiera Octavio por dónde; se acercó a su amo, que no le hizo caso, estuvo un minuto ó dos con la cabeza estirada pidiendo una caricia, y convencido de que era en vano, poco a poco, sin el menor miedo, sin rencor, se alejó del displicente dueño y se fue hacia el novelista con toda confianza. Se atrevió a rascarse el lomo con las piernas de Octavio, que en este trato sencillo y franco halló nuevo motivo de consuelo y esperanza. El corazón le decía que en todo caso el gato abogaría por su causa.

Un momento interrumpió la lectura D. Salustio para descansar; sacó un pañuelo de seda de colores, que oía bien, se le pasó por la cabeza, de pelo gris, cortado al rape, fuerte y abundante; miró a Octavio, sonrió distraído, y sin decir una palabra siguió leyendo. Pasaron quince minutos más y el editor dejó el original sobre el pupitre de su mesa.

Octavio sintió volver de nuevo todo el miedo que se había disipado...

D. Salustio sonrió otra vez, y dijo:

—Lo principal es... que V. sabe escribir. Cada capítulo de estos tiene su mérito particular; en unos hay invención, en otros interés, en otros gracia, estilo en los más. El error principal está en que V. ha creído que era un capricho, una extravagancia, el pie forzado del título LAS VIRGENES LOCAS; se habrá V. dicho: ¿qué significa esto? ¿Qué se propone D. Salustio con título semejante? Y se dio V. a inventar extrañas aventuras, y riéndose de sus mismas invenciones, las complicó por una especie de ironía del buen sentido, hasta hacerlas de imposible solución. La culpa ha sido mía, pero... oiga V. explicaciones.

Hubo una pausa. D. Salustio inclinó la cabeza y reflexionó con intensidad que se reflejaba en la mirada absorta y ardiente. Las arrugas de la frente parecían un oleaje. Octavio no se atrevió a romper el silencio.

—Esto ha sido un experimento—prosiguió Durante.—Yo le conozco a V., Octavio, hace muchos años; le he visto a V. en brazos de su pobre madre; después al lado del bueno de Quintana el gracioso, a quien yo me parezco un poco en la cara...

—¿Es verdad!—exclamó Octavio, sin poder contenerse.

Nunca se había dado cuenta de aquella semejanza, y sin embargo, tal vez en ella estaba el secreto de la confianza y el respeto que le inspiraba aquel hombre.

—También conocí a su padre de V. que... valta mucho, muchísimo... pero no tenía carácter... no tenía el espíritu de la constancia... Yo le he seguido a V. en todos sus pasos... he leído sus ensayos... en fin, Orteguita, sin haberle tratado mucho me le sé a V. de memoria, y puedo asegurar que tiene V. el alma buena, que sabe sentir de verdad, sin aspavientos, y sobre todo, ser honrado en los apuros, que es cuando tiene mérito el ser honrado.

—¿A dónde iría a parar D. Salustio! Octavio presentía que iba a tratarse de un negocio muy grave, mucho más importante que el de su novela.

Tras nueva meditación, y como rompiendo el hilo del discurso y tomándole por otro extremo, el viejo continuó:

—La realidad ofrece siempre los mejores argumentos; en esto tienen razón los que tanto alborotan con su nueva literatura. LAS VIRGENES LOCAS, que es un muchacho de ingenio como V. no le han sugerido más que una fábula entrecortada de absurdos, son, sin embargo, una realidad tan fatal y tan lógica como to-

das las realidades; LAS VIRGENES LOCAS es el título natural, inmediato, único de un libro... que si algún día se escribe, será para mí el más interesante del mundo. LAS VIRGENES LOCAS existen, amigo mío. Su moral, es decir, su historia, trasportada a su poesía, puede ser objeto de la obra de V... que ya no le exigiremos para el próximo número de mi revista, sino para cuando V. buenamente pueda escribir con entero conocimiento del asunto. Le he escogido a V. para empresa que tanto me importa, porque escribe V. con la sinceridad que yo necesito... pero, sobre todo, porque es V. honrado, capaz de cumplir una promesa.

Hubo otra pausa.

—He estudiado el carácter, las costumbres, la vida de todos los jóvenes de talento, escritores, literatos, que V. y yo tuteamos... y... no se envanezca V., sólo Octavio Ortega sirve para mi propósito. Parece mentira que no haya encontrado más que uno... es triste... pero por fortuna con uno me basta.

D. Salustio hablaba ya como para sí mismo. Octavio no le comprendía.

Se levantó el editor de un salto, nervioso; se apartó de la mesa y vino hacia su amigo, a quien alargó la mano apretando la de Octavio con efusión y fuerza, y dijo con tono de resolución muy pensada:

—Voy a presentar a V. a LAS VIRGENES LOCAS de carne y hueso... Viven conmigo, son mis hijas.

FLÜGEL.

(Se continuará.)

CARTA PARTICULAR

Sabras, amigo Delgado, que mi esposa ha despachado el asunto consalido.

¡Ella se ha multiplicado, pero a mí me ha dividido!

Durante su *maliciar* no la dió por abusar de antojos, qué disparate! Sólo un día la vi echar guindas en el chocolate.

Y después de dar señales en nueve meses calales da ser mujer excelente pensando constantemente en laberos y pafales,

me hace que ingrese por mí en el gremio de papas soltándose un querulín, que aunque es niño chiquitín no se llama Nicolás.

En él se ve claramente que hay de gracias un dierroche; y es un chico muy decente y llora admirablemente ¡sobre todo por la noche!

Tan clavada su voz sus llevo en el oído ahora, que hasta en la misma oficina si alguna puerta rechina creo que es que el nene llora.

Dudando estaba el padrino qué nombre dar al mamón, si Canoto, Bernardino, Robustino, Secundino, Niçometes ó Trifón.

Mas todos los rechace; y a su tiempo entigare que por nombre principal le pongan «Julio» al bebé en la pila bautismal.

No sé qué pasa a mi lado, ni cuándo será el bautizo ni lo que llevo gastado... en fin, estoy atontado como padre primerizo.

¡Lo que va el chico a valer! Su cara es un rosaler, y sabe hacer más pucheros que todos los alfareros habidos y por haber.

Ni un rato puede pasar sin que su madre le estreche para darle de almorzar, así es que suele tomar cada última de leche!

Fijí está nuestra atención en el niño; y si hace un guiño, nos palpita el corazón figurándonos que el niño mira ya con intención.

Y hay quien afirma sin dolo que sacará el rapazuco el talento de su padre, las narices de su madre, y el bigote de su abuelo.

En cuanto el torro ha nacido, todos hemos ascendido en mi casa con agrado, y nos ha regocijado el ascenso recibiendo.

Sólo una cuñada mía, cuando supo que ascendía se puso como una fiera, pues de ninguna manera quiere que la llamen tía.

Otros al nacer traerán con más ó menos fatiga delojo del brazo un pan; ¡pero este es un holgazán que viene sin una miga!

No sé si el cabo y al fin llegará a ser en el mundo arzobispo, barón, impék-boias, mastachín ó filósofo profano.

Pero si con versos va de las pesetas en pos, ¡en su vida las tendrá si no le concede Dios más suerte que a su papá!

JUAN PÉREZ ZORRA.

—*

P. D. A todo el que con amor leyere tu encantador semanario popular, dile que puede contar con un nuevo servidor.

EL GRANDE ENIGMA

Es el dulce tormento de la vida, risa y llanto, placer y amarga pena, es libertad sujeta a una cadena, es inodora en insomnio convertida.

Es bálsamo y cauterio en honda herida,
 es paz sabrosa de inquietudes llena,
 dicha siempre envidiada, si es ajena,
 y pronto, cuando es propia, aburrecida.
 Es de mal y de bien tal mescolanza,
 que el casado, de dicha en testimonio,
 funda en ser y verlo su única esperanza.
 Es tan incomprensible el matrimonio,
 que el que a su oscuro dédalo se lanza,
 suele, en gracia de Dios, darse al demonio.

J. M. GUTIÉRREZ DE ALBA.

LOS AMIGOS DE BENITO

Benito estuvo en amores
 una vez en Pantieosa
 con una chica preciosa
 que se llamaba Dolores,
 y a ser verdad la pasión
 que todo el mundo veía,
 el muchacho la quería
 con todo su corazón.
 Por intrigas del demonio
 sus amigos se burlaban
 cuando entre bromas hablaban
 acerca del matrimonio,
 y con burlas y rencores
 le decían a Benito:
 —¡Tú caerás en el garfío
 si te casas con Dolores!

—¿Por qué?
 —Porque eso es un tío
 y una abn graciosa sin tasa,
 y cuando un hombre se casa
 va a hacer el papel de primo.
 —¡No es verdad!

—¡Ya lo verás
 Si, señor, me casare
 dentro de poco. Puer: qué,
 que se casan los tías!

—Unos cuantos imprudentes
 que llevan un de eng no,
 ¡Antes de que pase el año,
 veras cómo te arrepientes!
 —¿Arrepentime! Jamás!
 —¿Hab ase visto cínismo?
 —¡Seré feliz!

—Eso mismo
 dicen siempre los demás.

—Es que yo estoy convencido
 de que la vida es dichosa,
 si es ella una buena esposa
 y si es él un buen marido —

Y con tales discusiones,
 especialmente Matias,
 le daba todos los días
 un sin fin de desazones.

Pasó el tiempo presuroso,
 y el chico siguió constante,
 cada día más amante,
 cada vez más cariñoso;
 hasta que por fin Dolores,
 con proceder inaudito,
 dejó plantado a Benito,
 por otros nuevos amores.

Cuando se vió desairado,
 con indiferencia tal,
 el muchacho, es natural,
 lloraba desesperado,
 y entre gritos y desganos,
 según las gentes decían,
 las lágrimas le caían
 del tamaño de avejlanas.

Dicen que a los pocos días
 de los hechos anteriores,
 vieron salir a Dolores
 de una iglesia con Matias,
 y mientras eran felices,
 por ser su amor infinito...
 se quedó el pobre Benito
 con un palmo de narices!

FIACRO VRAÝZOS.



Han de saber VV. que todas las noches se reúnen en la esplanada de las Vistillas seis ó siete mil personas á presenciar la aparición en las nubes de la Virgen, San Juan y San Pedro, que se verifica, según dicen, á esas horas, como signo seguro de la catástrofe que nos espera el día 24.

Se trata del pueblo de Madrid que, según parece, es el más ilustrado de España.

Conque... ¿qué tal serán los otros, eh?



Y á propósito: ¿por qué permite el Gobernador la venta pública de libritos anunciando bobadas, para embaucar imbéciles? ¿No puede considerarse eso como una estafa?

Y ya que lo permite, ¿por qué se prohíbe la venta, pública también, de aquel famoso aparato *la guitarra* que costaba seis mil reales, y servía para fabricar monedas de cinco duros?

La industria es la misma.



—Compróse unos lentes Carlos
 y la compra no sirvió.

—¿Por qué?

—Porque no compró
 nariz donde colocarlos.

PAYÁ.



Sr. Director general de Correos:

Tengo el sentimiento de participar á V. que volvemos á las andadas.

Es decir, á robarme numeritos.

Dé V. gracias á que el juicio final se celebrará el día 25 por la tarde, y allí me quejaré como es justo...

¡Que sí no!



Libros:

Eduardo de Palacio ha escrito una preciosa novela, en ese estilo chispeante y originalísimo que le caracteriza. Se titula *El Fraile del Rastro* y es un estudio de costumbres de principio de siglo, hecho tan á conciencia, que en cuanto empieza uno á hojear el libro, se le figura estar entre manolos y frailes.

¡Dídan ustedes inmediatamente.

El horóscopo de S. M. el Rey Alfonso XIII que tanto ha dado que hablar á la prensa, es una guasa muy grande ó una tontería espantosa. Me huele á lo primero.

La niña rubia se titula el tomo XXVII de la *Biblioteca Demi-monde*. Con decir que se parece á los anteriores en lo alegre y... ¡vamos! en lo alegre, está dicho todo.

Cuista una peseta y quita en seguida el mal humor. Conque...

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Fulano de Tal.—Madrid.—Ese artículo me demuestra que no ha leído usted el del número anterior, en el que la cuestión cambia por completo, ni el prólogo, en el cual se expresan las bases.

Sr. D. C. J.—Valladolid.—Muy larga y tan inocente como larga.

Sr. D. R. M.—Valencia.—Es pesadita, monótona, de escaso interés y descuidada en la forma. Nada más. Y aquí no hacemos caso de recomendaciones.

Sr. D. E. G.—Badajoz.—Sí, señor; se hará el cambio, pero cuando nos diga V. las señas que se ha dejado en el tintero.

Sr. D. U. D.—Sevilla.—¡Hombre! de esas cosas no se puede sacar partido sin que le salgan á uno los colores á la cara.

Sr. D. P. O.—Cádiz.—Venga la firma.

El novio de Angustias.—Madrid.—Hecho el cambio. Muchísimas gracias, pero... aquello no era más.

Atencia.—Zaragoza.—Para publicarla no es buena, pero á la interesada le parecerá cosa superior. Las mujeres no suelen entender de eso.

Sr. D. E. T. V.—Madrid.—Unos se pasan de sabidos y otros se pasan de verdes.

Un quidam.—Madrid.—Pues... me parece que hay algunos versos flojos y el final no me gusta. Pero se ve que V. es buena persona.

Sr. D. M. L. M.—Madrid.—Efectivamente, aquello es mediano, pero no tanto como V. se figura. Ya quisieran algunos!...

Sr. D. R. B.—Madrid.—No vale la pena.

Sr. D. P. Z.—Madrid.—Con apellidos de esos, cualquiera encuentra consonantes.

Ciudad.—Madrid.—Poquito, y sin chispita de gracia.

Sr. D. E. de B.—Madrid.—¿No ha leído V. la nota del número 167? Desde entonces no se da como regalo MADRID POLÍTICO. Hay compensación, por supuesto. En fin, lo mejor es que vea V. la nota.

Sr. D. J. C. G.—Santander.—Tienen una inocencia deliciosa y no valen gran cosa.

Sr. D. M. V.—Madrid.—También eso es un poquito inocente. ¿Qué le vamos á hacer?

Sr. D. J. M. de L.—Sevilla.—Las de los redactores no entran en turno. La de V. tiene el adm. 99. ¡Caramba! ¡Si se descuida V. un poco!...

Sr. D. Z. Z.—Sevilla.—¡Vamos! ¡Qué escribir para eso!

Sr. D. L. S.—Madrid.—Eso digo yo; tiempo perdido.

Pepeta.—Zaragoza.—Lo de la comparación—no ofende, si es general.—¡Lo de pepino está mal!—¡Peor sería melón!

Sr. D. A. A.—Madrid.—Si viera V. que sucio result!

K. D. T.—No señor, no es buena, ni los versos están bien hechos.

Sr. D. J. F. P.—Madrid.—Tiene la candidez de las primeras composiciones que hace uno. Trabaje V., que conseguirá algo.

Sr. D. B. E.—Si viera V. qué incorrecto es!

Sr. D. H. M.—Barcelona.—Pierda V. cuidado. La administración avisa oportunamente cuando termina el abono, concede un plazo prudencial para la renovación y luego... borra de la lista. ¡Si está esto arreglado divinamente!

VENDEDORES AMBULANTES



—¡El ratón y el gato! ¡A diez céntimos cajitas de sorpresa! Por un *lao* entra el ratón, por otro sale el gato... ¿Quién no da una broma á un amigo? ¿Quién no da un susto á la criada?...

ANUNCIOS

MADRID COMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRICION

Madrid.—Trimestre, 2'50 pesetas; semestre, 4'50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4'50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 60.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si el pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscritores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Cervantes, 2, segunda

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO
Teléfono núm. 620

COMPañÍA COLONIAL PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA CHOCOLATES

ACREDITADOS CAFÉS

26 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

Y PARA SU DIRECTOR

LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS DE 1878

TES.—TAPIOCA.—SAGU

BOMBONES FINOS DE PARÍS

Depósito general..... Calle Mayor, 18 y 20

Sucursales..... Montera, 8

Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA

MADRID POLITICO

PERIÓDICO SEMANAL, POLÍTICO, SATÍRICO, ILUSTRADO

Se publica los miércoles

PRECIOS DE SUSCRICION

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 75.

A los corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes.

Los suscritores de provincias pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, certificando la carta en este último caso.

A los corresponsales se les remitirán sus cuentas á fin de mes, y se retirará el paquete á los que no hayan satisfecho su importe antes del 8 del mes siguiente.

Hay colecciones completas y se servirán á todos los que deseen suscribirse desde la fecha de su fundación por los precios marcados.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Ferraz, 40, principal.

DESPACHO

TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO